Globethics Repository



Gramsci y la izquierda mexicana [Gramsci and the Mexican left]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Córdova, Arnaldo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-11 23:28:29
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220594

Nueva Sociedad Nro.115 Septiembre- Octubre 1991, pp. 160-163

Gramsci y la izquierda mexicana

Córdova, Arnaldo

Arnaldo Córdova: Politólogo mexicano. Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de México-UNAM.

México, por la complejidad y la riqueza de su historia, por su carácter paradigmarácter paradigmático en el conjunto de América Latina y por haber sido un país en que se llevó a cabo una de las grandes revoluciones del siglo XX, pudo haber sido y sigue siendo un objeto de estudio verdaderamente privilegiado para el análisis marxista y, especialmente, para el análisis gramsciano.

En ningún otro país de América Latina, para decir lo más elemental, la política ha cobrado tanta autonomía respecto de la vida económica y social; en ningún otro se ha desplegado de tal manera, como en México, la evolución de la política de lo que Gramsci llamaria una «guerra de posiciones» a una «guerra de movimientos» o de «maniobras» (en México oriente y occidente se encuentran, se combinan y se fundan); en ningún otro se ha dado tan compleja y diferenciada la separación de la «sociedad civil» y la ... sociedad política»; en ningún otro en particular, la lucha de clases ha adquirido ese carácter «corporativo» y, a la vez, institucional que ha tenido en México, en ningún otro las masas han entrado en la política en la forma tan variada, plena y distinta en que lo han hecho en México. Como lo expresara en alguna ocasión el sociólogo brasileño Francisco de Oliveira, México siempre ha representado para la América Latina ese de te fabula narratur en el que se cifra nuestra entera historia continental y su futuro.

Resulta, por todo ello, algo extraño y, al mismo tiempo, desconsolador, la escasa fortuna que Gramsci ha tenido en México, especialmente en la izquierda y sus intelectuales. Es cierto que hoy en México son muy pocos los que hablan de política sin citar a Gramsci y casi no hay intelectuales de izquierda que no hayan leído o, al menos, ojeado las obras de Gramsci o alguna de las antologías de sus escritos que se han publicado en lengua española. También es cierto que México es ahora uno de los países en que más se ha publicado a Gramsci incluyendo la última edición de los Quaderni. Y un hecho verdaderamente notable es que el léxico típico de Gramsci hoy ha entrado a formar parte de la fraseología de los grupos gobernantes mexicanos, cuyos exponentes, con el mayor desparpajo, hablan continuamente del binomio «sociedad civil - sociedad política», de la «hegemonía» de las fuerzas políticas herederas de la Revolución Mexicana y hasta cierto punto irrelevantes. La rea-

lidad es que Gramsci no acaba todavía de entrar en nuestra cultura política y sigue siendo un extraño incluso para la mayor parte de los intelectuales de izquierda.

Los hombres y su modo de vivir y de pensar son fruto de sus circunstancias, de la sociedad en que se dan y de las tradiciones culturales a las que se deben. Como no podía ser de otra manera, la izquierda mexicana es un resultado lógico de las condiciones en que se desarrolla el país antes y después de la Revolución Mexicana de 1910-1917. Fuera de lo que sucedió en otros países latinoamericanos, como Argentina, Uruguay e, inclusive, Chile, México no recibió una inmigración masiva de europeos los que, junto con una fuerza de trabajo calificada, redituaron, además, un cúmulo de las más avanzadas ideas políticas y sociales. Como es bien sabido, el socialismo en aquellos países sudamericanos es, en gran parte, obra de trabajadores inmigrantes y de intelectuales europeos que, ya antes en Europa, habían militado en los movimientos socialistas y revolucionarios.

En México fueron también europeos los que introdujeron las ideas revolucionarias, pero su obra no fue la de una gran corriente migratoria, sino la de una aventura personal que pretendió tarde y poco.

A México, por lo demás, no llegaron revolucionarios marxistas o social-demócratas, sino, preferentemente, anarquistas del más viejo cuño, radicales y sectarios, atrasados y de escasa cultura, que despreciaban la acción de masas y preferían las catacumbas de la clandestinidad y el golpe de mano (la «acción directa», como solían decir hasta bien entrados los años veinte). Su obra educativa en las masas trabajadoras fue totalmente marginal; pero sus ideas, que forjaron la conciencia de la izquierda revolucionaria, se asentaron fuertemente y todavía el día de hoy pesan como una lápida irremovible sobre los hábitos, los usos y costumbres y la ideología de la izquierda mexicana. Como correspondía a un anarquismo atrasado y cerril, los primeros izquierdistas mexicanos partían de la convicción inicial y globalizadora de que al enemigo «de clase» hay que destruirlo mientras se lleva a cabo la revolución, que el Estado es tan sólo la fuerza protectora del capital y una máquina de opresión que debe desaparecer a toda costa y que basta el acto mismo de la revolución para fundar la nueva sociedad, igualitaria y libre de opresores.

Dos mexicanos, cinco partidos

La explosión del conflicto chino-soviético en abril de 1960 llegó para enturbiar todavía más el contacto de la izquierda mexicana con Gramsci. Naturalmente, tal y como ocurrió en la mayor parte del mundo, los izquierdistas mexicanos se dividie-

ron instantáneamente en «pro chinos» y «pro soviéticos». Los primeros se esforzaron por defender una cierta ortodoxia revolucionaria que afirmaba que la única vía conocida para llegar al socialismo era la lucha armada y que una supuesta «vía pacífica» o de «reforma de estructuras», como proponían los italianos, era una ilusión contrarrevolucionaria que lo único que conseguirían sería hacerle el juego a la burguesía. Los segundos trataban, muy débilmente por cierto, de demostrar que no todo estaba escrito sobre las vías de la revolución y que, en última instancia, sería el pueblo el que decidiera. La oportunidad era excelente para que los izquierdistas mexicanos de todas las tendencias abrieran un amplio debate sobre la lucha por la democracia y la contribución que ésta podía hacer a la causa revolucionaria, pero nadie pensó en serio, por aquel entonces, en la democracia. Todo el mundo, en cambio, se puso a hurgar en las pocas obras de Marx y Engels que se conocían en español y, sobre todo, en las Obras completas de Lenin (cuarta edición, que por entonces se había editado en Argentina), para coleccionar citas que apoyaran una u otra posición. Desde luego, todo el mundo tuvo razón y en la guerra de las citas no hubo ni vencedores ni vencidos, pues era evidente que Marx, Engels y Lenin daban lo mismo para apoyar la vía «pacífica» que la vía «armada» de la revolución. Todo eso lo pagó la izquierda con su desintegración ininterrumpida. En los 60 se decía que donde había dos izquierdistas mexicanos era muy posible que surgieran cinco partidos.

Fuera de la izquierda militante algo positivo ocurrió en esos años. Gramsci entró en algunos ambientes académicos. Jóvenes profesores marxistas sin militancia política, muchos de los cuales habían estudiado en Europa y algunos, incluso, en Italia, llevaron, junto con las obras juveniles de Marx recién descubiertas, una nueva visión del marxismo en la que era común y necesaria la referencia a Gramsci y, en muchos casos, a la obra del nuevo marxismo italiano surgido en esencia de la inquietud intelectual de Della Volpe. El marxismo, por lo demás, se renovaba por todas partes en el mundo. Y en México se daba un pequeño renacimiento intelectual del que ese nuevo marxismo formaba parte indisoluble. Mientras la izquierda militante, atomizada y empequeñecida sin descanso, discutía sobre quién tenía razón, los chinos o los soviéticos, en la universidad florecía el interés por el redescubrimiento del marxismo y se discutían todos los ensayos de interpretación que en ese sentido se producían en otras partes. Ahora conocía a Gramsci un mayor número de personas y, además, en italiano, pues sus traducciones argentinas en español se habían agotado y no circulaban ya a la mitad de los 60. Ese número de conocedores de Gramsci, empero, siguió siendo extremadamente reducido. Ese marxismo universitario de los primeros años de la década, por lo demás, demasiado intelectualista y elitario, tardó mucho en aplicarse al estudio y el conocimiento de la realidad

nacional, de manera que las mejores propuestas gramscianas en punto a método y recuperación de la cultura nacional quedaron como meros temas de solaz teórico y académico.

A través de Althusser

México le deparaba a Gramsci un destino todavía más amargo que el de ser objeto de discusiones académicas y cenaculares. La izquierda militante finalmente conoció a Gramsci de manera más o menos generalizada, pero ello ocurrió del modo más lamentable. En 1967 comenzó a publicarse en México la obra de Louis Althusser. Su difusión fue extraordinariamente rápida y masiva, incluso en los ambientes académicos que se habían abierto al nuevo marxismo en los primeros años sesenta. También lo fue su aceptación y más todavía cuando se hizo célebre en los círculos de izquierda un joven alumno de Althusser, Régis Debray, que se desempeñaba entonces como el máximo teórico del «foquismo» en América Latina, en una época, por c0ierto, en que operaban numerosos grupos guerrilleros a lo largo y ancho de la región. El mismo Régis Debray quiso poner en práctica sus teorías y fue inmediatamente aprehendido en Bolivia en los días en que fue muerto el Che Guevara. Pronto Debray y el «foquismo» pasaron de moda, pero no Althusser, que todavía durante buena parte de los 70 siguió difundiéndose extraordinariamente en los ambientes académicos y de la izquierda militante.

Althusser puso de moda a Gramsci en México y es posible que eso haya ocurrido también en otras partes de América Latina. Lo lamentable del hecho consistía en que las obras de Gramsci no estaban disponibles todavía en español, después de que las ediciones de Lautaro se habían convertido en una rareza de librería. Una excelente antología de los escritos gramscianos, debida a Manuel Sacristán Luzón, apareció sólo tres años después de que se publicó en México el Pour Marx de Althusser. Para el filósofo francés, Gramsci no podía ser considerado un verdadero marxista; era un «crociano» y las enseñanzas de Croce lo hablan conducido a un historicismo neohegeliano que reñía resueltamente con el «verdadero» marxismo (vale decir, el marxismo estructuralista de Althusser). Como podrá imaginarse, cuando Gramsci finalmente cayó en manos de los militantes de izquierda estaba irremediablemente precedido de una pésima fama, no sólo de «crociano» e «historicista», sino hasta de «reformista» (ignorándose, por supuesto, el hecho de que muchos consideran a Gramsci uno de los «radicales» del movimiento comunista internacional de los años 20).

Pese a ello, Gramsci finalmente impuso su presencia en México y en América Latina. Sus obras comenzaron a editarse con gran profusión, sobre todo en México y en España. En unos cuantos años casi no había un marxista que se preciara de serlo que no tuviera por lo menos uno o dos libros de Gramsci en su biblioteca. Aparecieron también cada vez más numerosos los estudios sobre el pensamiento gramsciano, europeos, latinoamericanos y por último, mexicanos. Curiosamente, Gramsci comenzó a cobrar fuerza en la medida en que todo el mundo se iba olvidando de Althusser. Ello era ya evidente a mediados de los 70. Pero lo más importante, desde luego, fue la proliferación de estudios marxistas mexicanos sobre la realidad mexicana y su cada vez más difusa ligazón con la obra y el pensamiento de Gramsci. Sus grandes conceptos y preocupaciones (sociedad civil, sociedad política, hegemonía, bloque histórico, reforma moral e intelectual de la sociedad, el príncipe moderno, el mito popular de inspiración maquiaveliana, etcétera) se fueron convirtiendo en referentes teóricos indispensables en el estudio de la nación mexicana y de su historia. Mientras las modas intelectuales llegaban y se iban, una tras otra, incluida la del althusserismo, Gramsci permaneció en México.

Viejos dogmas y nuevas concepciones

Hoy son innegables y ampliamente reconocidas las contribuciones que el marxismo ha hecho al conocimiento de la realidad nacional de México. Desde fines de los 60 inicio un debate que con el tiempo se fue profundizando y legitimando en torno a la redefinición de la historia del país, de la Revolución Mexicana, de la sociedad y sobre todo, del Estado. En este debate no sólo se han revisado viejos dogmas (muchos de ellos provenientes del antiguo marxismo) y viejos puntos de vista, sino, lo más importante, han surgido nuevos conceptos y se ha venido conformando un nuevo acervo teórico y doctrinal de la historia política, social y económica de México, cada vez más influyente en la actual cultura nacional. En todo ello ha contado de manera destacada el conocimiento de Gramsci y, en especial, la discusión cada vez más creativa de sus sugerencias teóricas y metodológicas.

Todo ello, sin embargo, no resulta tan alentador cuando, como dijimos al principio, se considera a la izquierda en su conjunto y, sobre todo, a la izquierda que milita en los más variados partidos y organizaciones políticas. Aquí Gramsci sigue en espera de ser reivindicado como el gran marxista y forjador de cultura que fue. Es cierto que ahora la izquierda es menos dogmática que antaño y que sus dirigentes y exponentes intelectuales cada vez que debaten sienten menos la necesidad de reforzar y apuntalar sus opiniones con un rosario de citas tomadas de las obras de Lenin Trotsky, Mao o cualquier otro gran dirigente revolucionario; pero en más de

un sentido la izquierda y sus dirigentes siguen siendo prisioneros de antiquísimas posiciones dogmáticas y sectarias y eso a corto o a largo plazo, limitará las posibilidades de que Gramsci y su obra sean objeto de un estudio serio y provechoso por parte de los izquierdistas mexicanos. Tampoco se puede descartar, por otro lado, la posibilidad de que Gramsci cobre un mayor interés en los círculos izquierdistas militantes en un breve tiempo La necesidad de entender mejor al país y su historia, y de profundizar y ampliar los alcances de la lucha por la democracia en que se encuentra empeñada la izquierda sería un augurio de que Gramsci finalmente encontrara el interés pleno de los mexicanos en su obra y su pensamiento.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 115 Septiembre- Octubre de 1991, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**